

# LA SACTA

SEMANARIO ILUSTRADO

AÑO VII

BARCELONA, 5 DE MARZO DE 1896

NÚM. 276

15 CÉNTIMOS

HIJAS DE EVA



Una belleza.



Todavía no se ha calmado el revuelo movido por la concesión al maestro Chueca de una cruz como premio por el mérito de la marcha del *Cádiz*. Hizo notar la prensa que la música de la zarzuela no era de Chueca solo, sino también del maestro Valverde, y el ministro de la Guerra se enmendó á sí mismo—é hizo bien—enviando otra cruz á Valverde.

Pero alguien hizo presente á los que lo ignoraban ó se habían olvidado de ello que la marcha del *Cádiz* no era una novedad cuando se estrenó la zarzuela y que se había tocado antes muchas noches en *El soldado de S. Marcial*; prueba esto que de arrebatarse al público en *Cádiz* no se debía á su solo mérito sino á que en la situación en que en el *Cádiz* se oye, estaba perfecta y oportunamente encajada.

No podía, por consiguiente, negarse que una mitad cuando menos del éxito de la marcha se debía á la situación del libro y á la letra que el libretista escribió para ella, y en la que está ese famoso ¡*Viva España!* Demostrado esto,—y bien evidentemente se ha probado—era natural premiar también á Javier de Burgos, autor del libro de *Cádiz*, pero hasta ahora no se ha hecho y dudo que se haga.

Y no ha terminado aún este complicado asunto. En varios periódicos y con admirable unanimidad he leído que el famoso paso doble del *Cádiz* no es otra cosa que un conocido vals de Strauss trasportado á compás de paso doble. Nada sé yo de esto, ni aunque lo supiera lo diría, porque no entiendo de música lo bastante para hacerlo con alguna autoridad.

Músicos hay en la Santa Madre Música que sabrán responder, pero si lo hacen afirmando que el paso doble y el vals son una cosa misma, el asunto se complicará más todavía y ¡quién sabe hasta dónde llegaríamos buscando el origen de gran parte de la música moderna que se ha hecho popular!

\* \* \*

Es una gran tristeza ver que cada vez que se expresa una opinión sincera y leal pero siempre cortés acerca de una obra, se indisponen el que tiene este valor con el padre de la obra ó con sus admiradores incondicionales, como si en literatura y en el criterio para juzgarla pudiera haber semejanza incondicionalismo.

El último ejemplo de esto que digo ha ocurrido con una pieza de Vital Aza, *La praviana*, hace poco estrenada en Lara. Toda la crítica

periodística sin más excepción que la mía dijo al día siguiente que *La praviana* era cosa exquisita y lo mejor que había hecho Vital Aza desde que empezó á escribir para el teatro. A mí me pareció todo lo contrario, y creyendo que á un tan grande y celebrado ingenio no se achicaba un milímetro por no gustar, por excepción de una obra suya, tuve la franqueza de hacerlo público en el *Heraldo* con todos los respetos y miramientos que acostumbro.

De nada ha servido. Un amigo de la clase de perjudiciales y asturiano, ha cogido por los cabellos esta ocasión para defender á Vital y á su obra. Dice el bueno del asturiano que no me gustó la primera mitad de la obra por ser lánguida, y agrega el hombre:

«¡Figúrese Vd. si la obra será buena cuando Urrecha dice eso!»

Pues le ha hecho este señor un flaco servicio á su amigo y paisano Vital Aza. Quizás no sepa—no se puede estar en todo—que hace muchos años vengo alabando incondicionalmente cuanto Vital ha llevado de teatro y á mí me ha parecido de excelente calidad. De manera, que si aplicamos á las obras anteriores á *La praviana* la frase y el concepto de medida crítica que establece el amigo perjudicial tendrán que convenir aquí y en Pravia en una verdad muy amarga para Vital: ¡si serán malos *El señor gobernador* y *San Sebastián Martir* y *El sombrero de copa* y etc., cuando yo los he alabado tanto y desde tribunas muy altas!

Pero tranquilícense en Pravia, porque ello no es más que la opinión del amigo de Vital. Gustándome ó no gustándome *La praviana*, Vital Aza sigue siendo para mí nuestro primer autor cómico, y él, que tiene, claro está aunque no se dijera, mucho más entendimiento que el asturiano del artículo, habrá sido el primero en lamentar esta ligereza de amigo oficioso.

El cual me llama *Clarín Meneses del Heraldó*.

¡Bah! gracioso..

\*  
\*\*

Se desliza la vida madrileña con tan abrumadora monotonía, que aun el espíritu más

cuidadoso y observador no hallaría asunto que poder ofrecer medianamente aderezado para servirlo á los lectores de LA SAETA.

La política ha absorbido todo en esta semana; el decreto de disolución ha licenciado á los diputados, y cada cual se ha ido á *cultivar el distrito*, porque según parece no se puede vivir sin ser diputado, aunque á los que no lo somos nos parezca bastante buena la vida sin el acta.

Y no querrá el lector que hasta aquí se le hable de elecciones.

Conservemos el crédito.

FEDERICO URRECHA.



## CUENTO

Tenia D. Luis del Rio cura párroco de Ronda, un sobrino en Capafons, provincia de Tarragona, á quien, D. Cleto, su hermano, y su madre D.<sup>a</sup> Flora, le sacudían el polvo por la más pequeña cosa. Cansado ya de disgustos, de palizas y de broncas, una mañana de Enero cogió el mozo la pañosa, y con un par de pesetas y con otro par de *tortas* que le regaló su hermano para el viaje, y con otras chucherías y recuerdos, tomó el camino de Ronda, cabizbajo y taciturno pensando en Casta, su novia, la más coqueta del pueblo y menos *casta* de todas. Después de mil peripecias, sin dinero y sin pañosa, con nieve hasta los tobillos entraba el muchacho en Ronda. Contó á D. Luis lo ocurrido, y así que acabó su historia le dijo aquél:—«No te apures; te quedas en mi parroquia; pero has de ayudar al *sacris*, porque tiene muchas cosas á su cargo, y como viejo

no puede ocuparse en todas.» Transcurridos cuatro meses se prendó el mozo, de Gloria, la mujer del rapavelas, una chica más graciosa.... con unos ojos ¡qué ojos! con una boca ¡qué boca! con un cutis ¡vaya un cutis! con unas formas ¡qué formas! y con un... bueno, sigamos. Es el caso que la moza correspondió de tal modo al hijo de D.<sup>a</sup> Flora, que hasta en lejanos villorrios se enteraron de la historia, menos el pobre Crisanto esposo de aquella... esposa cuyo nombre por el pueblo corria de boca en boca: y es que siempre ha sucedido, que aquél á quien más le importa ó no llega á saber nada ó lo sabe á última hora, y mucho más en los casos en que ocurren estas cosas, y en que se trata de asuntos tan hondos como la honra. Supo un día el señor cura que al rapavelas de Ronda, los mozos, puestos de acuerdo, de antemano con las mczas, á la puerta de su casa le gastaron cierta broma,

y llamando á su sobrino le dijo:—«No hagas la rosca á la mujer de Crisanto, pues lo que es como él os coja... —«Pero tío, si usted sabe que á mí el tiempo no me sobra, pues ayudo al rapavelas desde cuando el sol asoma hasta cuando el sol se pone. Yo le barro la parroquia, le limpio la sacristia, toco á misa .. toco á *Gloria*... —«Eso es lo que yo no quiero. ¿Para eso viniste á Ronda? Propasarse de ese modo... pues así que las devotas... —«Si yo tío...

—«Tú te callas. ¡Tocarla!... ¡Y en la parroquia! Sobrino, no seas tonto: no sigas tocando á Gloria, pues si llega su marido á saber que tú la tocas en la misma sacristia te quita el polvo á la ropa. —«Yo sí que le quito el polvo como me arme el *sacris* bronca. —«¡No digas, por Dios, sandeces! Tiene el *sacris* unas bromas! Es viejo, mas no te fies, ni tampoco de la moza. ¡Si sabrá este *cura* ó no á fondo lo que es la *Gloria*!

ANTONIO SOLER.



## CONSECUENCIAS

*Post nubila Phœbus.*

En pos del pavo trufado y los emparedados de *foie gras*, el bacalao más ó menos de Escocia. Detrás de las bromas carnavalescas el *momento*... etc.

Aquellas bromas, aquellas horas de placer en la Alhambra y en el Real...

¿qué fueron sino verdura de las eras?

de aquellas horas de felicidad no queda más

que un recuerdo amargado por dolorosas consecuencias.

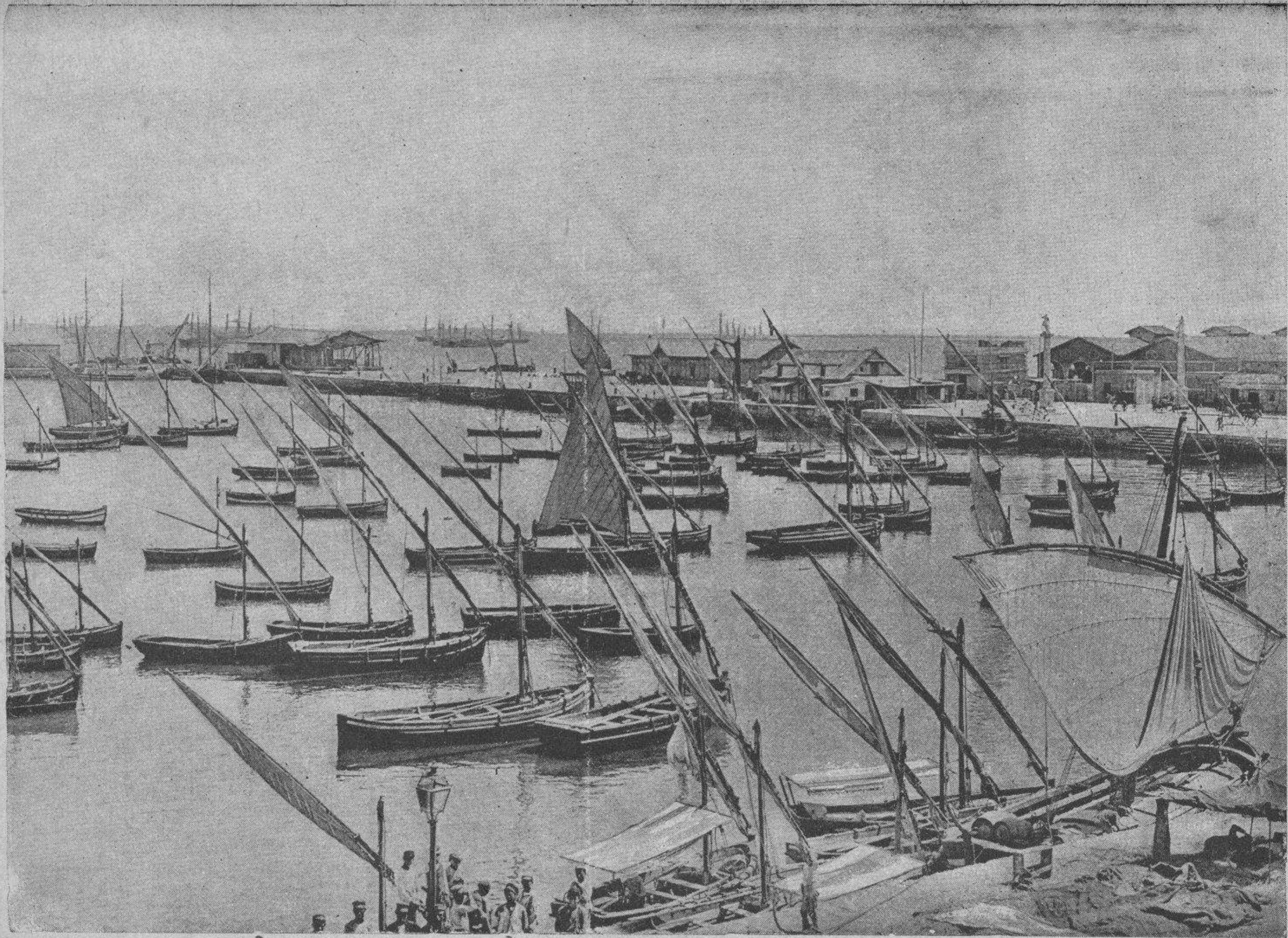
Julia, la elegante Pompadour que por primera vez pisaba las alfombras del Real, acaba de saber que el capitán de húsares que después de enamorarla perdidamente le dió palabra de casamiento, está casado y en segundas nupcias nada menos.

Julia vive deshecha en llanto y exclama continuamente entre sollozos: «¿Por qué habré ido á los bailes? ¡Dios me ha dejado de su mano!»



Vista desde la Torre de Tavira.

Fot. de Hauser y Menet.



El muelle.

Fot. de Hauser y Menet.

El capitán de húsares no piensa más que en lo siguiente: «¿Por qué habrá tan pocos bailes? ¡Con un par de ellos más me llevo á Julia en coche á dar un paseo por las calles de Madrid!.. Y después... después... El bólido!»

Arturo le escribe á su madre lo siguiente:

«Querida mamá. Amanezco en Córdoba. No sé mentir: la tomé en el Real de órdago, con Champagne de 20 pesetas botella, y los amigos me metieron en el tren, en el cual penetré de manera inconveniente. Como llegué de frac y corbata blanca, sin otro abrigo más que la capita, he tenido que comprarme un traje; envíame dinero á escape para redimirme de esta esclavitud forzosa en que me hallo. No difieras el envío. Estoy en el Gran Capitán y temo que me hagan las cuentas del ídem. Tuyo, etc.»

Edelmira tiene en la conciencia un peso terrible. Su esposo Alberto, se marchó de caza la víspera de carnaval y ella, aprovechando la ausencia del marido ha ido á los bailes con su primo Augusto.

Está Augusto radiante de felicidad y se hace lenguas de la amabilidad de su prima.

Alberto también tiene un peso grave en la conciencia.

Salió de casa vestido de cazador; pero en vez de dirigirse á la estación del Norte, se metió en una casa de la calle del Pez, en la que ha pasado cuatro días á mesa y mantel.

Para volver al hogar conyugal, con apariencias de verdadero cazador, ha comprado cuatro pares de conejos y tres de perdices.

Un ojo práctico vería, sin gran dificultad que Alberto regresa de la expedición con la escopeta limpia.

Jacinto, estudiante de quinto de derecho hizo un arqueo anteayer.

Comparado con el de hace quince días, halló de diferencia en contra, siete papeletas de empeño de objetos pignorados para dar de cenar en la Alhambra á Gabriela y personas que la acompañan.

La mamá pertenece al número de las señoras de edad que toman chocolate con chuletas.

Antonio está en cama.

Acostumbrado al mimo de su madre y lo higiénico de sus comidas, ha abusado en los bailes del beefsteack, con *mostaza inglesa* y arde de irritación.

Hace cinco días que está en cama.

También lo está Isidorín.

—¿Qué tiene? ¿El trancazo?

—No, el bastonazo. Le sorprendió don Cosme, en el Real, diciéndole chicoleos á su esposa y le atizó dos palos con el roten que le volvió loco.

—Y Elisa que tiene—¿El dengue?

—No, las consecuencias de llover dengues. La vió su novio timarse con un alférez de artillería y le arrimó, á socapa, dos tutes en las costillas que ya.

¡Qué barbaridad, Timoteo se toma al día cuatro vasos de zarzaparrilla!

Para contrarrestar los efectos del aguardiente tomado en los puestos del agua. Y zarzaparrilla es poco. Acabará por tomar zaragatona.

La que está alegre y boyante es Pascualita. Pues la han visto sola con Luis todos estos días.

—Déjela usted reir ahora. Ya llorará en cuanto pasen tres trimestres.

¡Pícaras consecuencias!

RAFAEL M<sup>a</sup> LIERN.



## LAS DOS ALMAS

—¿A dónde vas, alma mía,  
Hacia ese mundo perdido?

—A ser alma de un nacido  
La Omnipotencia me envía.

Y tú, alma mía, ¿qué vuelo  
Sigues ganando la altura?

—Dejo á uno en la sepultura,  
Y voy caminando al cielo.

—Puesto que subes, hermana,  
Y te hallo al bajar al mundo,  
Dime si es... Un caos profundo  
Que llaman cárcel humana.

—Prosigue, y no tan altiva,  
Hermana, bajas ahora,  
Porque vas, siendo señora,  
A ser del hombre cautiva.

Que en él, con rumbo perdido,  
Sigues, en loco devaneo,  
Cada potencia un deseo,  
Y un gusto cada sentido.

En ansia de goces lleno  
Busca el oído armonía,  
El paladar, ambrosía,  
E impúdico el tacto, ciego.

Así sus gustos sin calma  
Van los sentidos gozando,  
Mientras que á merced flotando  
Va de los suyos el alma.

Y en rumbos tan desiguales,  
en tan contrarios vaivenes,  
Si el alma delira bienes,  
Acosan al cuerpo males.

Y amando el cuerpo la tierra,  
Y el alma adorando el cielo,  
Siempre están, en su desvelo,  
Carne y espíritu en guerra.

—¿Pues si ya, el cielo ganando,  
Dejaste cárcel tan fiera,  
Por qué al aire, compañera,  
Vas esas lágrimas dando?

—Porque hay, hermana, en el suelo  
Seres que también se adoran,  
Y que al dejarlos, se lloran,  
Como al dejar los del cielo.

—Si el cielo que dejo escalas,  
Y al mundo voy que tú dejas,  
Llevemos, pues, tú mis quejas,  
Y yo tu llanto en las alas.

Y al mundo adonde me alejo,  
Cuando le muestre tu llanto  
Muestra mis ayes en tanto  
Al cielo hermoso que dejo.

Y ya que fatidico arde  
De mi cautiverio el día,  
Queda adiós, hermana mía.

—Hermana mía, Él te guarde.

CAMPOAMOR.

## CARIÑOS FIN DE SIGLO

Esto se va, y no poco á poco, sino á pasos agigantados.

Desde que murió *London*, ya no se hacen buenos relojes, según Caliner.

Y desde que nos hemos echado en brazos del vil positivismo, ya no hay amistad, ni afectos de familia, ni amor, ni matadores de cartel, ni nada.

Conocemos por casualidad á un individuo de la clase de sablistas, es decir, creemos conocerle, pues en realidad ignoramos su distinguida profesión.

El susodicho prójimo nos acompaña á todas partes, nos quita las motitas de polvo ó de otras substancias de mayor cuantía; se empeña en limpiarnos las botas, nos arregla el lazo de la corbata; si vamos al café con él, se coloca del lado de la puerta para resguardarnos del aire y se guarda los terrones que nos sobran, bajo pretexto de que el azúcar cría lombrices; nos aconseja que huyamos de las bebidas alcohólicas, porque la embriaguez conduce primero á la prevención, luego al manicomio y, por fin, á la tumba; nos advierte los peligros del jamón que puede tener trichina, de la carne poco cocida, donde habita sin pagar alquiler la tenia, del pan blanco, poco alimenticio, indigesto, productor y sustentador de la diabetes sacarina y de otra porción de comestibles y bebestibles, arteros enemigos de nuestra salud; se persona en nuestra casa á las dos de la mañana para cerciorarse de que estamos bien arropados y de que dormimos con camiseta de lana normal; en suma, nos da tantas pruebas de afecto, que nos juzgamos verdaderos Pilades que hemos encontrado nuestro Orestes.

Y, por fin, un día Orestes nos pide veinte duros para salir de un compromiso, se los prestamos... y la del humo.

Ya nos hemos quedado sin amigo cariñoso que nos ponga el calzado como un charol y no nos deje vivir en fuerza de cuidados solícitos.

Conocí un tipo que llegó á causarme verdadera compasión.

Era hombre de unos cincuenta años, con luenga barba cenicienta y venerable aspecto.

Vestía con cierta distinción, pero con modestia.

Sólo era inmodesto en sus peticiones de metálico, con las que tenía dividida á media humanidad, y las cuales cohonestaba con las muchas obligaciones que le imponía el ser padre de siete hijos, para cuyo sustento no contaba más que con un destinillo de cuatro mil reales al año.

Verdaderamente, dieciséis duros y tres pesetas al mes, que era lo que le debía quedar líquido de la paga, no es gran cantidad para nueve personas, porque el tipo en cuestión era casado.

Todos le compadecíamos y todos le socorri-

mos repetidas veces en la medida de nuestras fuerzas.

Pero al fin tiró el diablo de la manta y se descubrió el pastel.

¡Y qué pastel!

El tipo en cuestión había sido empleado, pero ya hacía tiempo que no lo era, pues vivía perfectamente á costa de sus hijos... y de los extraños.

El hijo mayor, de veinte años, ganaba veinticinco duros como tenedor de libros.

El segundo y el tercero, de dieciocho y dieciséis años respectivamente, cobraban al mes catorce y doce duros respectivamente también, como oficiales cajistas.

El cuarto, de dos lustros, ganaba ocho duros mensuales en un taller de carpintería.

El quinto, no era quinto sino quinta: una niña de ocho años, que gastaba su tierna salud y derrochaba sus precoces facultades en una *Compañía infantil*, mediante una onza al mes, que se embolsaba tranquilamente su padre.

El sexto, de seis años, ganaba diez reales á la semana, de aprendiz de no sé qué oficio.

Y, por último, al séptimo que apenas contaba dos años... ¡lo tenía alquilado su padre á una pobre vergonzante y tan sin vergüenza como él por diez pesetas al mes!

De modo, que aquel desventurado padre de familia sacaba de sus hijos unos ochenta duros mensuales, más el importe de los sablazos que, en nombre de ellos nos sacudía; y así iba pasando sin trabajar la miserable existencia.

¡Les digo á ustedes que se gastan unos padres fin de siglo que da gozo!

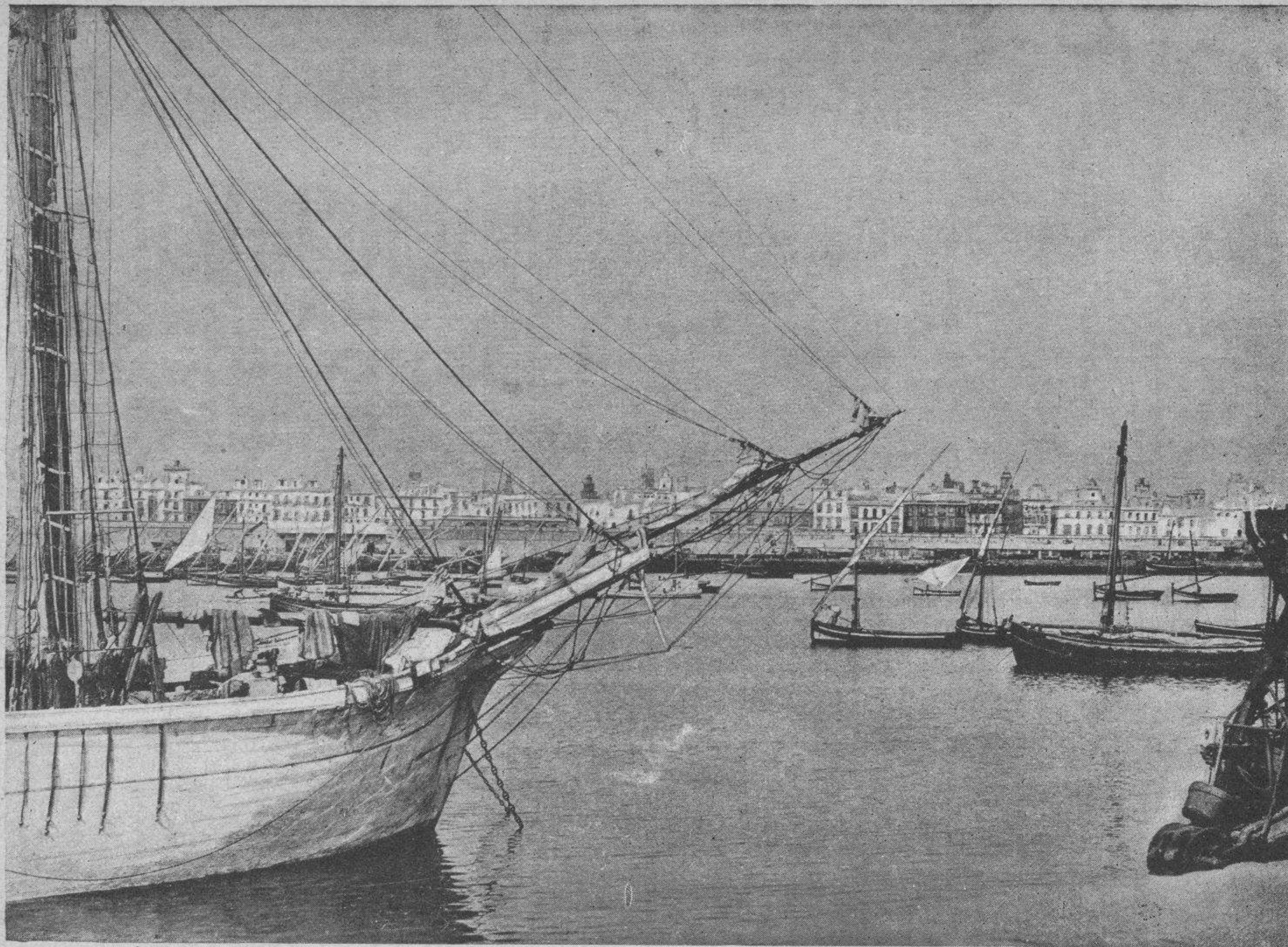
Pero ¿qué tiene de extraño, si la degeneración ha llegado al más vehemente de los sentimientos, al que antes impulsaba á los hombres á hacer toda suerte de locuras y sacrificios, al amor, en una palabra?

¡Oh, jóvenes, tan cándidas como casaderas y deseosas de que un gallardo mancebo os conduzca al pie de los altares. ¡Andad con mucho ojo, oid con escama las dulces palabras del hombre que os solicite, aunque diga que viene con buen fin, y, sobre todo, no le concedáis la más mínima prueba de amor que tenga valor material, porque hay viles falsificadores!

Si os pide vuestro retrato, pensad que es muy posible que trate de venderlo por diez céntimos, suponiendo que es el de la reina Natalia ó el de la esposa de Menelik II, negros de Abisinia.

Si solicita con afán un rizo de vuestros cabellos, tened presente que el pelo se vende al peso, y que si es rubio y fino, se paga caro, porque es mercancía que no abunda.

No deis jamás, en prenda de cariño, pañuelo empeñable, ni sortija vendible, ni confiéis á vuestro prometido el reloj para que lo lleve á componer, ni menos cantidad alguna en metálico ó billetes.



El puerto.

Fot. de Huser y Menet.





La Entrada.

Fot. de Hauser y Menet.

Escarmentad en cabeza ajena.

Leed, como leí yo, y estremeceos, como yo me estremecí, al enterarme del siguiente suelto de *El Imparcial*:

«En la delegación de vigilancia del distrito de Buenavista se presentó la joven Carmen Araque, denunciando el hecho de que su novio la había pedido, como prueba de cariño, que le entregase un resguardo de 950 pesetas que ella tenía depositadas en la Caja de Ahorros, y en cuanto tuvo el resguardo en el bolsillo, no había vuelto á presentarse por su casa.»

Ya me figuro la escena *de la seducción*.

—¡Cuánto te amo, Carmen mía!

—Pues ¿y yo á ti?

—¿Me quieres mucho?

—¡Con toda mi alma!...

—No lo creo.

—¿Qué prueba exiges? ¿Quieres un mechón de mis cabellos? ¿Quieres un tierno ósculo, aun cuando mi pudor se resienta?... ¿Quieres que muramos juntos para dar al mundo un ejemplo de acendrado cariño?...

—No: me basta con que me entregues la libreta de la Caja de Ahorros...

Con que, ¡mucho ojo! jóvenes inconscientes y casaderas.

Quando vuestro amante os pida algo, acordaos de Carmen, y pensad en que podéis quedaros desplumadas y sin novio.

BLAS QUITO.

## DESPEDIDA DE UN AMIGO

Con bien te lleven mi querido amigo,  
Propicio el viento, bonancible el mar,  
¡Oh! ¡Si pudiera saludar contigo,  
Tras tanta ausencia, mi paterno hogar!

¡Oh! ¡Cuánto fuera mi consuelo, cuánto,  
Si en esa nave huyéramos los dos!  
¡Oh! ¡Si á este suelo, donde sufro tanto,  
Pudiera darle mi postre adiós!

Tranquilo viera y con serena calma  
Desatarse bramando el aquilón:  
Junto á la horrible tempestad del alma  
Las tempestades de la mar, ¡qué son!

Mas ya quiere mi fatal estrella  
Con duros lazos sujetarme aquí;  
Por mí te postra, y con tus labios sella  
La tierra amada en que feliz nació.

Llévale tú los ecos de mi lira,  
Que ya desde hoy resonará en su honor:  
Dile que es ella el numen que me inspira,  
Y el solo objeto de mi ardiente amor!

VENTURA DE LA VEGA.

## DESPUÉS DEL BAILE

I

—Háblame de tus placeres, Dora; de tus expansiones de Carnaval... ¿Te callas?... ¡Oh, estatua!... ¿Te retiras del mundo?... ¡Contesta, mujer!...

—¿No ves que lloro?... ¿No te hablan por mí estas lágrimas?...

—¡Ja, ja, ja!... ¡Permíteme que me ría, rica de mi alma!... ¡Ja, ja, ja!... Sí; permítemelo... ¿No bailaste?... Mira que Terpsícore lacrimoso tendrá una facha... ¡Jesús!... No quiero pensarlo...

—Dichosa tú, dichosa tú, Coralina... ¡Quién no tuviera, cual tú, sensibilidad, ni corazón, ni nada!...

Otra vez se echó á reír la llamada Coralina, una trigüena deliciosa, con unos ojos como duros y una sonrisa más provocativa que ideal.

—Me casé hace ocho días... Un viernes.

—Bien, ¿y qué?

—Nada, que ya estarás satisfecha...

—Sí que lo estoy; tú me dijiste que sentías demasiado, ¿entiendes bien?... que sientes demasiado, para que te comprenda ningún hombre... Yo te di el remedio: enlazarte para siempre con un poste que no tuviera nada de

sensible y que supiera comprenderte menos aun que los demás...

—Y lograste tu deseo—dijo con amarga ironía Dora.

—¿Te arrepientes de haberte casado?

—No... ¡Me arrepiento de haber nacido!...

—¡Qué atrocidad!... ¿No eres, por ventura, feliz con Mateo?...

—¡Con Mateo!... Un hombre que empieza por llamarse Mateo... ¿quieres que me haga dichosa?

—¡Qué loca eres!... *Le nom ne fait pas la chose*. ¿No se dice así?...

—Para mí, sí; tú eres al revés de mí, en todo.

—Bien, bien... Ya sabemos eso. ¿Bailaste mucho?... Te *diversionaste*, como dice Paco Morales?... A propósito, chica: me han dicho que le gustas mucho al tal Morales.

Dora no contestó: miró en frente, donde se veía un hermoso idilio de Chaplins, auténtico, al óleo. Luego dijo:

—¿Te has fijado en ese cuadro, Lina?

—Sí; ¿por qué?

—Por nada... es verdad... Tú no te fijas en estas cosas. Además, estoy casada, ¡casada!

Y Dora se enjugó dos lágrimas silenciosas, brillantes, que se adivinaban hijas de una tristeza íntima, de una emoción en vano combatida por el sentimiento del deber.

Luego, como si quisiera apartar de su imaginación aquellas ideas, que estuvo á pique de comunicar con su mejor amiga, siendo aquello una profanación injusta, sentóse ante el *Gaveau* y preludió un andante de ritmo vago y cadencioso; uno de estos fragmentos que invitan á soñar dulcemente.

Coralina escuchaba en silencio, mirando con furtivos ojos á su amiga. No comprendía nada de lo que le pasaba á aquella *loca*.

## II

—Señorito: una carta para usted.

—Venga, Julián,—contestó el señorito tendiendo al criado una mano fina y aristocrática, mano que correspondía en absoluto á la gallardía de todo el cuerpo.

«Paco: Estoy enferma... pero estoy enferma por usted. El baile de anoche me destornilló. No hará usted nada de lo que acordamos, porque todo fueron locuras, hijas de un momento de irreflexión... ¡Es tan traidor el valz!... Tienen tanta maldad envuelta en sus compases aquellos raudales de armonía misteriosa, que, se lo confieso; temí por un momento desvanecerme en sus brazos... Basta, pues, de niñadas. Seamos buenos ¿eh? Tengamos reflexión. No venga usted en toda la semana. Ya tendrá usted noticia del restablecimiento de su afectísimá amiga

*Dorinda de C.»*

—¡Bravo!... ¡Muy bien!... Esta cartita es un portento de donosura... Pero, á mala parte vas. Para algo soy yo médico de las locas como esa

Dora que me vuelve loco á mí. ¡Chico!... ¡Julián!

—¿Señorito?

—Engancha ahora mismo, y avisame cuando estés.

## III

Llegó la berlina al pie de la escalinata del jardín. Una puerta vidriera, con cristales ramados, impedía á la vista indiscretar lo que ocurría dentro.

Abrió Morales aquella puerta, con segura mano.

—¡Amigo mío!—exclamó Dora.

—¿Te hallas sola?...

—Silencio... desgraciado; no nos tuteemos...

¿Por qué has venido?

—Porque me tienes loco, y pienso cometer alguna locura.

—Vuélvete.

—No: necesito visitarte... como facultativo... y como amante.

Dora estaba agitadísima. Su hermoso seno tenía algo de profundamente tentador para Morales, y en aquel momento más aún, pues subía y bajaba á impulsos de la excitación de su dueña. Cerráronse aquellos divinos ojos, porque la vista del hombre amado la subyugaba y temía la gran locura, la locura final.

Morales besó aquellos labios con apasionamiento, con furia del sediento de placeres sensuales.

Ella iba á sucumbir, cuando una idea súbita hirió su cerebro.

Oprimió el botón del timbre eléctrico, á cuyo rumor apareció una doncella.

—Josefina: al señorito, que está aquí el doctor Morales.

LUIS RIBERA.

## CADA OVEJA CON SU PAREJA

## I

¡La una y nublado!; tal se oyó en medio del silencio de la noche, turbado sólo por la voz del nocturno vigilante de las calles de la ciudad, cuyos habitantes dormían á pierna suelta confiadamente.

Entregados al dulce placer del sueño desde hacía ya muchas horas, ninguno de ellos pudo percatarse del extraño y silencioso grupo que recatadamente cruzaba los soportales de la calle Mayor, mirando de cuando en cuando y sigilosamente en todas direcciones, como si temiesen ser visto.

Formábanle un apuesto y arrogante mozo, que tal parecía á pesar del cuidado con que velaba el rostro bajo los pliegues de la amplia capa que le cubría, y una mujer, que casi era una niña si no mentían la gracia y desenvoltura de sus movimientos, que también procuraba ocultar sin conseguirlo.

Lentamente avanzaban calle arriba, confun-

diéndose en una misma sombra, ella indolentemente apoyada en el brazo del mancebo, y él con la mirada fija en los negros ojos de la muchacha que dos luceros parecían á juzgar por su brillo.

La obscuridad de la noche, interrumpida sólo por la luz de los relámpagos que á largos intervalos rasgaban las nubes, unida á la menuda y fina lluvia que enfangaba las calles, mojóndolas apenas, parecían convidar á la quietud y al reposo, del que al parecer no estaban nuestros dos héroes muy necesitados, y que sin duda alguna tenían una importantísima ocupación, si había de servir de justificación á su presencia en la calle, en tal noche y á hora semejante.

Ensimismados ambos en la mutua contemplación á que se hallaban entregados, no se apercibieron tampoco de la presencia del vigilante nocturno que, aunque un si es no es receloso, los dejó continuar su camino sin inte-



Alameda de Apodaca.

Fot. de Hauser y Menet.



Plaza de Isabel II.

Fot. de Hauser y Menct.

rrogarles, á pesar de que por su aspecto parecían tener un interés decidido en ocultarse á todas las miradas.

—Ves, Castito,—exclamó ella con dulce y quejumbrosa voz, deteniéndose en medio del arroyo,—¿estás convencido de que hemos cometido una tontería?

—De ninguna manera,—replicó él,—¿querías que dejáramos imponernos la voluntad paterna? ó ¿es que por ventura no sientes como yo el anhelo de la pasión?

—¡Ay Castito! ¡si vieras qué miedo tengo de que nos sorprendan! Leoncio, el cabo de la guardia civil, goza merecida fama de bruto en todo el contorno, y si nos encuentra, temo que nos trate como dice que lo hacía con los mam-bices en la última guerra.

—Poco me importa si me da el medio de poseerte contra todos, aunque á decir verdad la cosa vale la pena de pensarse.

—Ya lo creo.

—Tanto más cuanto que, según él mismo me lo ha referido, la primera providencia que adoptaba, al sorprender á alguno, era cortarle...

¡Ay! yo no quiero que te corten nada.

—Yo tampoco, pero comprenderás que dada la decidida oposición de nuestras respectivas familias, á que continuemos nuestras inocentes relaciones, no habrá más remedio que escaparnos.

—Sí ya lo sé.

De esta manera, dentro de muy pocas horas podremos sin avergonzarnos ser el uno del otro; mi tío, el provisor del obispo, nos protegerá seguramente cuando le contemos todo lo que nos ha pasado.

—Pero ¿y si no lo hace?

—Calla, tontina, y no hagas augurios que pueden sernos fatales; aun cuando mi tío no nos acogiera bajo su amparo, aún podremos campar por nuestros respetos; ya antes de salir he registrado los bolsillos del chaleco paterno y me he apoderado de 6 pesetas y 25 céntimos.

—Yo por mi parte poseo 16 perros que me han sobrado de la compra de esta mañana.

—¡Porque apurarnos entonces! ¡El mundo es nuestro!

Dijo, y cogiendo á la joven por la cintura, apretaron el paso, perdiéndose en la obscuridad.

Al poco rato volvió nuevamente á oírse la bronca y aguardentosa voz del sereno que murmuraba canturreando:

—¡La una y media, y nublado!

## II

En tanto ocurrían estos misteriosos hechos, el padre de Castito, secretario del Ayuntamiento de Villaumbria, que es la ciudad en que ocurrían, roncaba á pierna suelta, soñando con una diputación á Cortes, que para su vástago, y con permiso del cacique, que previamente le

había encasillado, preparaba para las próximas elecciones.

Pero como el diablo paga siempre tan mal á quien bien le sirve, despertóse repentinamente nuestro secretario, y desesperándose, se frotó los ojos embotados por el pesado sueño, sentándose en la cama y tratando de escudriñar las tinieblas.

Pero como hasta hoy y desgraciadamente no se ha descubierto todavía el medio de gozar á obscuras del precioso órgano de la visión, vióse precisado á encender una luz, para lo cual alargando la mano al boliche de la cabecera de cuyo adorno acostumbraba á colgar la ropa al acostarse todas las noches, cogió el chaleco registrando los bolsillos para tomar la caja de cerillas que en ellos acostumbraba aguardar continuamente.

Empero al hacerlo hubo de notar la falta de las pesetas y los perros de que Castito se había apoderado y mudo por la sorpresa arrojóse rápidamente al suelo con tal ímpetu que su esposa la secretaria que á su lado dormía también con la misma beatitud, despertóse sobresaltada exclamando:

—¿Qué es eso? ¿Qué te pasa?

—¡Que me han robado!

—¿Qué te han robado? ¿Quién? ¿Cómo? ¿Dónde?

—Que al acostarme dejé unas pesetas y unos perros en el bolsillo del chaleco y han desaparecido.

—¿Estás seguro? Miralo bien.

—Tan seguro como de que estamos á obscuras.

—Enciende luz, á ver, quizá estén sobre la mesa de noche.

Hízolo así el secretario reconociendo minuciosamente dicho mueble á la mortecina luz de una lamparilla que siembre había sobre él, pero como las pesetas no parecieron exclamó lanzando un ruidoso juramento:

—¡Quizá Castito!... Voy á ver, y como sea cierto lo que sospecho le inhabilito para ser padre.

—¡Hombre, por Dios, no es para tanto!

—Sí, porque sacaré diputado al hijo del boticario.

—¡Eso es, y entonces adiós la secretaria!...

Y como lo dijo lo hizo, calzóse unas babuchas que bajo la cama y para estos casos tenía dispuestas y cogiendo un grueso bastón de nudos, que en un rincón había, encaminóse apresuradamente al cuarto de Castito.

Cuando llegó á él hallóse la cama sin deshacer, prueba evidente de que el muchacho no se había acostado, y sobre ella un papel en que se leía escrito con muy mala letra y peor ortografía.

«Ya que os oponéis tan tenazmente á mis relaciones con *Nico lasa emos uido* teniendo presente el refrán que dice; *cada oveja con su pareja.*»

—¡Ah! ¡tunante! no va á ser mala la pareja que encuentres.

Y vistiéndose apresuradamente se lanzó á la calle de un salto dirigiéndose incontinenti á la casa cuartel de la guardia civil.

Nicolasa los soportales de la calle Mayor, pero no ya solos como antes, sino con un guardia civil á cada lado, y tras ellos el cabo Leoncio á quien tanto temían, y que á juzgar por la cara que llevaba parecía estar dispuesto á tratar á los presos como el mismo decía que lo hacía con los insurrectos de la Manigua.

Dos horas después volvían á pasar Castito y

JOSÉ CALDEIRO.

## MALAGUEÑAS

I

Tu querer es almanaque  
que anuncia lunas distintas;  
¡ahora toca no quererme!  
¡ya me querrás otro día!

II

El cuchillo se rompió  
al clavármelo en el pecho:  
¡ahora lloras por sacarlo  
y lo metes más adentro!

III

Van los ciegos por el mundo  
sin saber por donde van;  
¿si de amor estamos ciegos  
dónde iremos á parar?

IV

Si con dinero pudiera  
ir logrando tu conquista,  
mi cuerpo pusiera en venta  
y hasta el alma vendería.

V

En dos cosas se parecen  
el baile y el matrimonio,  
¡en que se lleva pareja  
y en que se cansa uno pronto!

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR.

## MISCELANEA

En un baile de máscaras.  
Una mujer, vestida muy á la ligera, se pasea por el salón con una linterna en la mano.  
—¿Qué buscas?—le pregunta uno.  
—Soy la señora Diógenes y busco un hombre.  
—¿Con la linterna apagada?  
—Sí; esto es un símbolo. Busco un hombre que... dé luz.

\*\*\*

En un comercio:  
—¿Tiene usted camisetas de punto?  
—No, señor.  
—¿Y de coma?  
—Tampoco.  
—Vamos, es decir, que los géneros que venden ustedes no tienen ortografía.

\*\*\*

La señora de Gedeón acaba de dar á luz un niño muy feo.

—¡Esto es espantoso!—exclama el marido.—Todo el mundo se cree obligado á decir: «¡Es el vivo retrato de su padre!»

—¡Y qué le vamos á hacer!—responde la madre.

—¡Tengo una idea! ¡Di á todo el mundo que el chico no es mío!

\*\*\*

Al tener noticia de una desgracia en que han perecido muchas personas, muéstrase Gedeón insensible y exclama:

—La muerte de los demás me deja siempre frío.

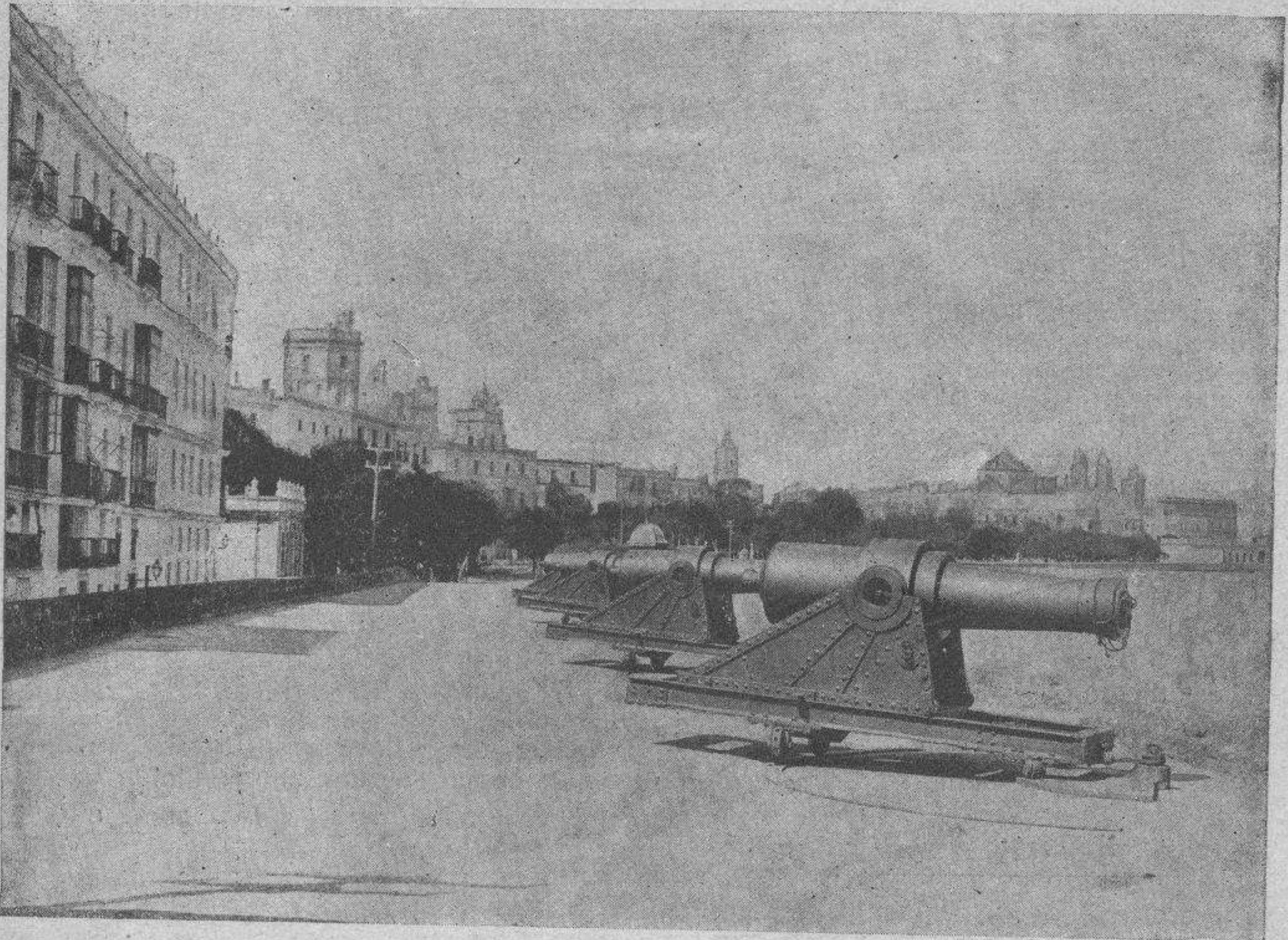
Después, queriendo rectificar esta declaración tan egoísta, añade:

—Y no me ocurre esto únicamente con los otros, pues creo que hasta mi muerte misma me dejará frío.

El número próximo estará dedicado, por completo, al insigne pintor español Enrique Serra, quien ha tenido la galantería de enviarnos desde Roma, fotografías de cuadros y dibujos inéditos.

A pesar del gran aumento de grabados y esmerado tiraje, costará el precio ordinario de 15 céntimos. ¡Prevenirse!

## VIAJE POR ESPAÑA — CADIZ



Fot. de Hauser y Menet.

Vista desde San Carlos.

# LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO-ARTÍSTICO

Director:

V. SUAREZ CASAÑ

TODA LA CORRESPONDENCIA

A D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, Kiosco n.º 3. Barcelona.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Semestre. . . . .	5 Ptas.
Un año. . . . .	8 ,
Extranjero y Ultramar. . . . .	15 ,

No se admiten suscripciones por menos de seis meses.  
—Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—  
Pago adelantado.

CORRESPONSAL EN BARCELONA  
PARA LA VENTA

de

periódicos de Madrid y provincias

D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, Kiosco n.º 3.

◆ ◆ ◆ ◆ ◆ *El Liberal* ◆ ◆ ◆ ◆ ◆  
 ◆ ◆ *La Correspondencia de España* ◆ ◆  
 ◆ ◆ ◆ *El Heraldo* ◆ ◆ *El Globo* ◆ ◆ ◆  
 ◆ ◆ *El País* ◆ *El Enano* ◆ *La Granvía* ◆  
 ◆ ◆ ◆ *El Pelotari* ◆ ◆ ◆ *La Bandera Federal*  
 ◆ ◆ ◆ ◆ *El Nuevo Mundo* ◆ ◆ ◆ ◆  
 ◆ ◆ ◆ ◆ ◆ *La Lidia* ◆ ◆ ◆ ◆ ◆

Corresponsal exclusivo en Madrid para la venta de LA SAETA, D. Antonio Fernández, Mayor, 2 y



# LA SACTA

SEMANARIO ILUSTRADO

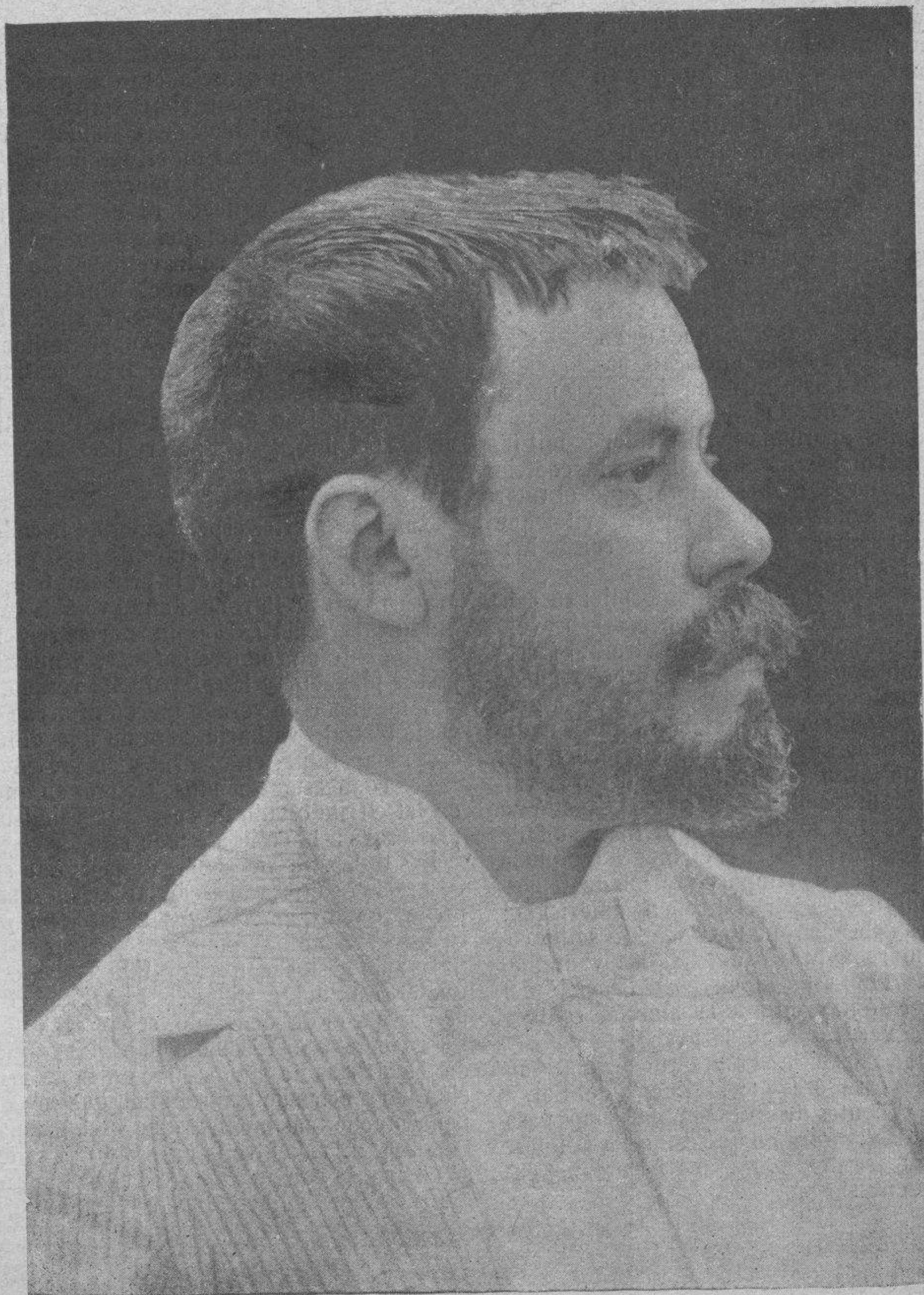
AÑO VII

BARCELONA, 12 DE MARZO DE 1896



15 CÉNTIMOS

NUESTROS PINTORES





Ni hay tampoco aunque se buscara con ahinco otro asunto que el conflicto con los Estados Unidos. Aunque no es de otro dominio que el de la diplomacia ó la guerra, al exteriorizarse ruidosamente el sentimiento popular contra Norte América, es ya de la jurisdicción de la crónica, que precede hablar de ello sin meterse para nada en si el conflicto ha venido por culpas de éste ó del otro.

Creo que nadie es responsable de la codicia de los *yankees*, que están respecto de Cuba en la misma situación en que se encontraría un hombre que tuviera al alcance de su mano, y de su deseo, una mujer bonita guardada por su tutor á mil leguas de distancia. Es natural, que la codicia azuce, pero no es menos natural que el tutor se enfade, y acude desde lejos para evitar que el codicioso se haga por malas artes con la hermosura y las riquezas de la pupila.

No se sabe en el día en que comienzo esta crónica para LA SAETA, si la guerra sobrevendrá ó no para poner de una vez término á esta incertidumbre, pero lo que sí se sabe y puede observar cualquiera es el hecho de que la guerra se mira aquí con serenidad sin que á nadie se le haya ocurrido medir sus consecuencias. El elemento joven y caliente ha abierto la válvula y se ha despachado á su gusto gritando en las calles contra el *tío Sam*, que ha resultado al fin un verdadero *tío*. Y el elemento templado no ha desperdiciado tampoco ocasión de demostrar su indignación por el atropello americano; en muchos cafés con piano y violín, se ha coreado la marcha bravia del *Cádiz* levantando verdaderas tempestades el *viva España!* del cantable; café hay en que la marcha se toca diez y doce veces durante la noche.

No sé que sucedería si una tarde desfilase un batallón de cazadores por la Puerta del Sol, á los sonos valientes de este popularísimo paso doble y en la *tessitura* en que están los ánimos, seguramente se produciría una formidable explosión de entusiasmo.

Este acto, como otros semejantes, saca á la superficie una demostración consoladora que prueba lo artificioso de ciertas propagandas. La posibilidad de un choque con los Estados Unidos, ha borrado de un golpe las diferencias regionales; no hay gallegos, ni catalanes, ni vascos; del mismo modo y con igual fe se ha estremecido la fiebre patriótica en el Norte que en el Este, que en el Sur; aquí sólo han quedado diecinueve millones de españoles que han sentido con

igual fuerza el insulto.

Y aunque sólo saquemos esta demostración de lo sucedido, ya me parece bastante.

\* \* \*

Andan con estos espectáculos de la calle muy desmayados los espectáculos de pago y su local cerrado; la clausura de la primera temporada en carnaval ha llevado de nuevo á la calle de Sevilla acera del *Diván*, un enorme refuerzo de contingente de cómicos parados, y nuevas empresas planean ya la campaña de verano.

Y lo mismo en verano que en invierno el negocio teatral, va haciéndose de una dificultad casi insuperable, en Madrid y en provincias.

Los cómicos que son los primeros en quejarse de este triste estado de cosas son asimismo los primeros en la culpa de todo esto.

Las tiples, ya *ligeras* ya *pesadas*, han subido de precio de un modo escandaloso; en una compañía que disponga de dos tiples y un *primer actor cómico*, no hay manera de cubrir el presupuesto de gastos con el de ingresos, y á poco que el resto del cartel exija, añadido el gasto de coros y el de decorado, se cierra la temporada con *déficit*. Y como al subir las exigencias de los artistas no han subido en igual proporción los precios de la localidad, que son en España mucho más módicos que en todas partes, el desequilibrio entre la entrada y la salida no se compensa con aumento del favor público.

Eslava, que ha luchado valientemente duran-

te seis meses, ha sucumbido al fin; Apolo, que va haciendo penosísimamente su camino, no ha hallado todavía *la obra*, esa obra que se hace eterna en el cartel y enmienda una temporada desastrosa. Y en los teatros de género grande este desequilibrio es todavía mayor por razones económicas que no hay necesidad de exponer menudamente por saber de ellas el lector tanto como yo.

Puede parecer esto cosa baladí para ocuparse de ella en letras de molde, y no lo es ni en lo que toca al aspecto artístico ni menos en lo que respecta al modo de vivir de muchas familias que de varios modos fian su existencia al éxito de una empresa. Aun en el más modesto teatro pueden contarse en total más de cien familias que no comen si el telón no se levanta, desde

el primer actor que cobra cincuenta pesetas diarias, al último acomodador que al jornal del día en otra parte añade la peseta percibida en el teatro durante la noche.

Gentes todas modestas y laboriosas que son dignas de ser cuando menos compadecidas siempre que la clausura de un teatro las deja en la calle.

Muchas veces he pensado en ellas viendo con cuanta saña un público *de estreno* hunde en el foso una obra de cuyo éxito pende la futura suerte del teatro, y al pensar en ellas me he dicho contemplando la *ejecución* y dirigiéndome mentalmente á los morenos:

—¡Si supierais que estáis dejando sin pan á á los que de esto viven!

FEDERICO URRECHA.



## EL ARBOL SAGRADO

Al célebre artista español D. Enrique Serra, autor del cuadro «El árbol sagrado.»

¡Cómo inspira á mi ser melancolía  
Ese vestigio de otra edad; destello  
Que del arte creó la fantasía!

\*\*\*

Es hora del crepúsculo; las nubes  
Aun brillan con los últimos reflejos  
Que vienen del poniente;  
La montaña divisase á lo lejos;  
Se pierde el bosque añoso  
Entre las sombras que confusamente  
Por el levante avanzan,  
Y los arcos, en línea, del ruinoso  
Acueducto de Claudio  
En la penumbra á divisar se alcanzan.

\*\*\*

Refiérenos la historia  
Que á los dioses el hombre consagraba  
Arboles preferidos:  
Cual símbolo de gloria  
A Apolo el laurel daba:  
Al Dios ciego y travieso,  
Bellos mirtos floridos,  
Y sagrado por siempre al roble hacía  
Que aislado en el verjel ó en bosque espeso  
Rayo del cielo hería.

\*\*\*

El campo triste, el lánguido celaje,  
El acueducto tétrico y desierto,  
Todo en misterio envuelve ese paisaje,  
Señales todas son de un mundo muerto.  
Y solamente invocando vida  
Puso el pintor, sobre el altar, la llama,  
El humo en espiral subiendo al cielo,  
Y una cuerda tendida  
Sobre la verde lama  
Del pantanoso suelo.  
Contemplar este cuadro atentamente  
Invoca en la memoria  
La portentosa historia  
De esa romana raza prepotente,  
Señora del saber, del orbe dueña;  
El alma se extasia  
Y en recorrer se empeña  
Aquellas soledades que en un día

Testigos fueron de grandezas tantas,  
Teatros de lides, místicos lugares  
De sibilas y oráculos, altares  
De sacrificios y de ofrendas santas.

\*\*\*

Paréceme que escucho la plegaria  
De la Virgen piadosa al Dios pidiendo  
La fuerza necesaria  
Para oponer á los mundanos vicios;  
Sordos clamores, popular estruendo;  
La arenga del tribuno en los comicios;  
El canto del supremo sacerdote  
A tiempo de ofrecer los sacrificios;  
Choque de sables, compasado el trote  
De la legión que marcha á la pelea;  
Del vencido los ayes lastimeros,  
Y entre el fragor de lucha gigantea  
La atronadora voz de los guerreros  
Que van gritando por doquier, ¡victoria!  
Y el clarín de la fama repitiendo  
De Roma altiva la estruendosa gloria.

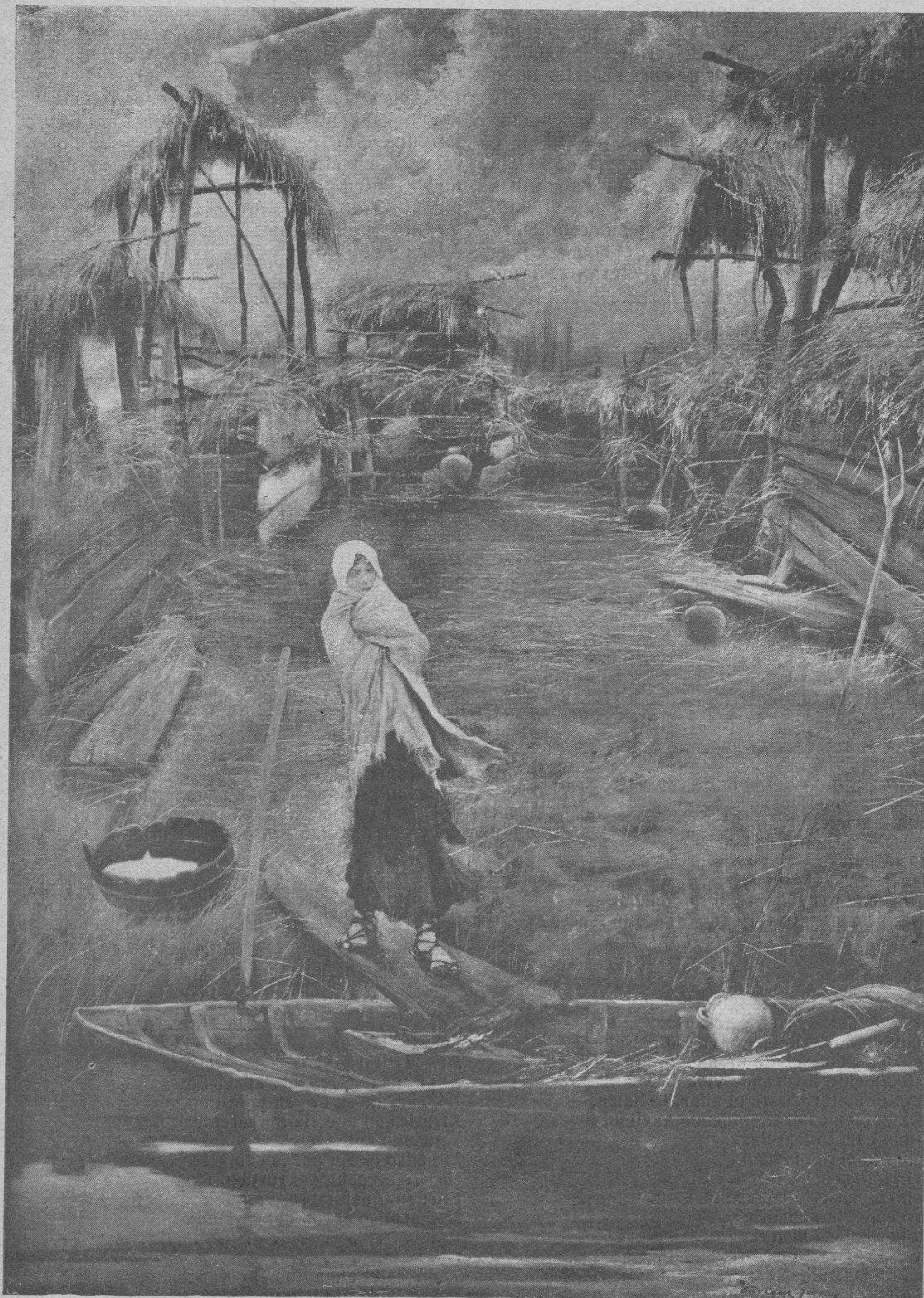
\*\*\*

¡Ah! ¡Qué poder fascinador del arte!  
Como en pequeño lienzo,  
Con audaz pincelada,  
Sublime la epopeya está trazada  
¡Del pueblo heroico que mimara Marte!

\*\*\*

Recorro la Appia via.....  
Mas ¡ay! tan sólo miro tristemente  
Al pastor que rebaños apacienta  
E ignaro de su origen y destino  
Arrastra su miseria indiferente;  
Y cuando antes se oía  
El bélico clarín por la campaña,  
Hoy se escucha del rústico sencillo  
El canto quejumbroso á que acompaña  
Melancólico el son del caramillo.  
También el alma que el pesar abate,  
Entumecida al tacto de los años,  
Que ha perdido su aliento en el combate  
Librado entre crueles desengaños,

ENRIQUE SERRA.



Día de invierno en las Lagunas Pontinas.

ENRIQUE SERRA.



La Virgen de los naufragos en Venecia.

Como ese cuadro tiene  
En medio de las sombras y la ruina,  
Encanto celestial que la sostiene  
Y sublime ideal que la ilumina;

Y aunque se encuentre de congojas llena  
Y gima de la vida en la penumbra,  
En su fondo de acíbar y de pena  
¡De amor la llama inextinguible alumbra!

(Esta poesía es original del General D. Ramón Ulloa, plenipotenciario de Colombia en Roma y literato ilustre.)



## PARES DE... YANKERÍAS

Hace muchos años, cuando yo me encontraba en esa edad feliz de la adolescencia, leí en un almanaque los siguientes versos que no sé porque, se me quedaron en la memoria:

«En Capellanes ó el Real,  
en la Zarzuela ó en *Pol*,  
no está libre un español  
de una coz de un animal.»

Y seguramente tampoco lo está ó lo estamos, en otras ó muchas partes.

Verbi gratia, en el Senado de los Estados Unidos.

¡Buenos nos han puesto los padres de la patria... yankee!

Nos han tildado de bárbaros y han llamado asesino á Weyler.

Sería cosa de incomodarse sino vinieran los semejantes insultos de donde vienen.

Porque figúrense ustedes que van por la calle, que se arriman demasiado á un mulo y que éste les suelta un par de coces.

¿Es cosa de mandarle los padrinos?

Seguramente que no.

Figúranse ustedes además que una mujer honrada y decente se tropieza en la calle con una apreciable señora dependiente del ramo de higiene y que ésta se vuelve y le dice á la otra que es una... vamos, lo que ella misma es.

¿Debe tomar en serio semejante insulto la mujer honrada?

Lo que ha de hacer es seguir su camino lanzando una mirada despreciativa á la infeliz que ha pretendido igualarse á ella, al dirigirla la palabra:

¡Los españoles tildados de bárbaros por los norteamericanos!...

Peguemos un salto con la imaginación y trasladémonos á una gran ciudad de la *grrrrran* república.

¿No ven ustedes mucha gente que se dirige presurosa á un sitio determinado, como si temiera llegar tarde, que hace esas muecas propias del macaco que constituyen la manifestación del colmo del entusiasmo yankee y que satisface exorbitantes cantidades por presenciar el espectáculo que se prepara?

Pues no crean ustedes que va á un concierto, á un baile, á una función de teatro, ni siquiera á un circo ecuestre, ni á una corrida de toros.

No: va á ver como dos boxeadores, dos seres humanos se destrozan á puñatazos; va á salirse de sus casillas de puro gozo, cada vez que uno de ellos deshaga una mandíbula ó salte un ojo á su adversario, contra el que no tiene ningún particular resentimiento y al que sólo ata-

ca para ganar *honradamente* un puñado de monedas.

Otro saltito.

Estamos en el límite que separa los dominios yankees de las escasísimas tierras de los pieles-rojos, los verdaderos dueños del territorio. ¿Qué ven ustedes? ¿Una porción de hombres, que entran á saco y á degüello en un pueblo, sin respetar ni á los ancianos, ni á las mujeres, ni á los niños? Pues no crean que son los salvajes los que tal hacen; son las civilizadas tropas de la Unión que, bajo un pretexto cualquiera han conseguido arrebatarse (si yo fuera senador norteamericano diría robar) un pedazo más de tierra á sus primitivos pobladores y disminuir éstos (asesinar, en jerga yankee) un cierto número.

Esa es la humanidad de los que nos llaman bárbaros.

Saltemos, saltemos.

Fijense ustedes en esa muchedumbre de hombres enmascarados ó sin máscara, que se amontona frente á una cárcel, rompe las puertas de ésta, penetra en ella, saca á viva fuerza dos ó tres infelices medio muertos ya de terror y los lleva al bosque inmediato donde los ahorca sin forma de proceso.

Los ahorcados estaban acusados de este ó del otro crimen y podían ser culpables ó inocentes.

Los verdugos no son gente cualquiera, sin instrucción y fanatizada ó ebria: son muchas veces, hacendados, personas instruidas, partidarias de *la ley de Linch*.

El acto que han realizado no es un cobarde asesinato: es un *linchamiento*.

Esta es la *justicia* de los que llaman asesino á Weyler.

Otro salto aún.

Observen ustedes ese montón de hombres groseros, en cuyos ignobles rostros se adivina su baja extracción y se leen los más repugnantes apetitos.

Están hablando de millones de dollars y de caña de azúcar y de insurrectos cubanos.

Son el sindicato de azucareros que protege á los mambises y les ofrece cuantiosas sumas á condición de que destruyan las plantaciones de azúcar de la isla para que suba el precio del artículo, aunque sea á costa de la fortuna de honrados propietarios y de las vidas de muchos hombres.

Y si de tanto saltar no estuviéramos cansados veríamos en un sitio concejales que han supuesto la compra de una cantidad tal de alfombra para el salón de sesiones del Ayuntamiento.

que con ella habría para cubrir *toda la ciudad*; en otro, á esos mismos senadores sin educación y á muchos diputados y hasta á algunas elevadas autoridades, debiendo su elección al soborno y al cohecho, á la escandalosa compra de votos, públicamente realizada y á tentos sólo á cobrarse luego los gastos efectuados por medio de los más ilícitos manejos y á preparar su reelección aunque sea con actos tan indignos como el reconocimiento de la beligerancia de los asesinos é incendiarios de la manigua y los groseros insultos de lacayo enriquecido al noble abolengo de sentimientos, accidentalmente caído en desgracia.

Esa es la moralidad de los que critican nuestra gestión en Cuba.

¿Pueden tomarse tales... desahogos de otra manera que como la coza del mulo, de que antes he hablado?

¡Lástima grande que tengamos el enemigo dentro de casa y que esto acaso nos quite los medios de hacerlo único que corresponde en casos semejantes!

Porque cuando un mulo cocea, no se le mandan los padrinos; pero es muy conveniente propinarle media docena de palos, para quitarle el resabio.

Es lo único que procedería en la presente ocasión.

¡Ah! No echen ustedes en olvido que la nota característica, la dominante en las repúblicas, según sus partidarios es *la virtud*

¡Y vaya si son *virtuosos* los tocineros norte-americanos! — BLAS QUITO.

ENRIQUE SERRA.



La Madonna.

ENRIQUE SERRA.



El árbol sagrado.





Trabajos en el Tiber.



ENRIQUE SERRA.



Una menegilda romana.

## A. ENRIQUE SERRA

Es el modelo á mi vista  
Como cosa inanimada  
En la postura forzada  
Impuesta por el artista.

\*\*\*

Su expresión jamás la informa.  
El fuego del sentimiento,  
Sólo hay allí el movimiento  
Que tiene la humana forma.  
En aquella vil materia  
Han labrado grave injuria  
Los besos de la lujuria  
Y el llanto de la miseria.

\*\*\*

Sin el vaporoso escudo  
Que el pudor á la faz presta,  
Nos ofrece deshonesto  
Su blanco cuerpo desnudo.  
Esclavo de privaciones  
Y víctima de la herencia  
Yace un sér á tu presencia  
Cúmulo de imperfecciones.

\*\*\*

Degenerado organismo  
Que en la lucha por la vida  
Muestra en su faz dolorida  
Señales de cretinismo.  
Como rosa sin fragancia,  
De las curvas femeniles  
Han perdido los perfiles  
Su natural elegancia.

\*\*\*

Y á pesar que se conforma  
Tu cuadro con el modelo,  
Sabe tu artístico anhelo  
Dar nobleza á aquella forma.  
Y son las suaves figuras  
Que engendra tu imaginación  
Emblemas de distinción,  
Rostros de vírgenes puras.

\*\*\*

Expresión del sentimiento  
Que al rostro celeste asoma.  
Tierno como la paloma,  
Vago y sutil como el viento.  
Y de aquella imperfección  
Y de la triste ignorancia  
Brotó hermosa la elegancia.  
La inteligente expresión.

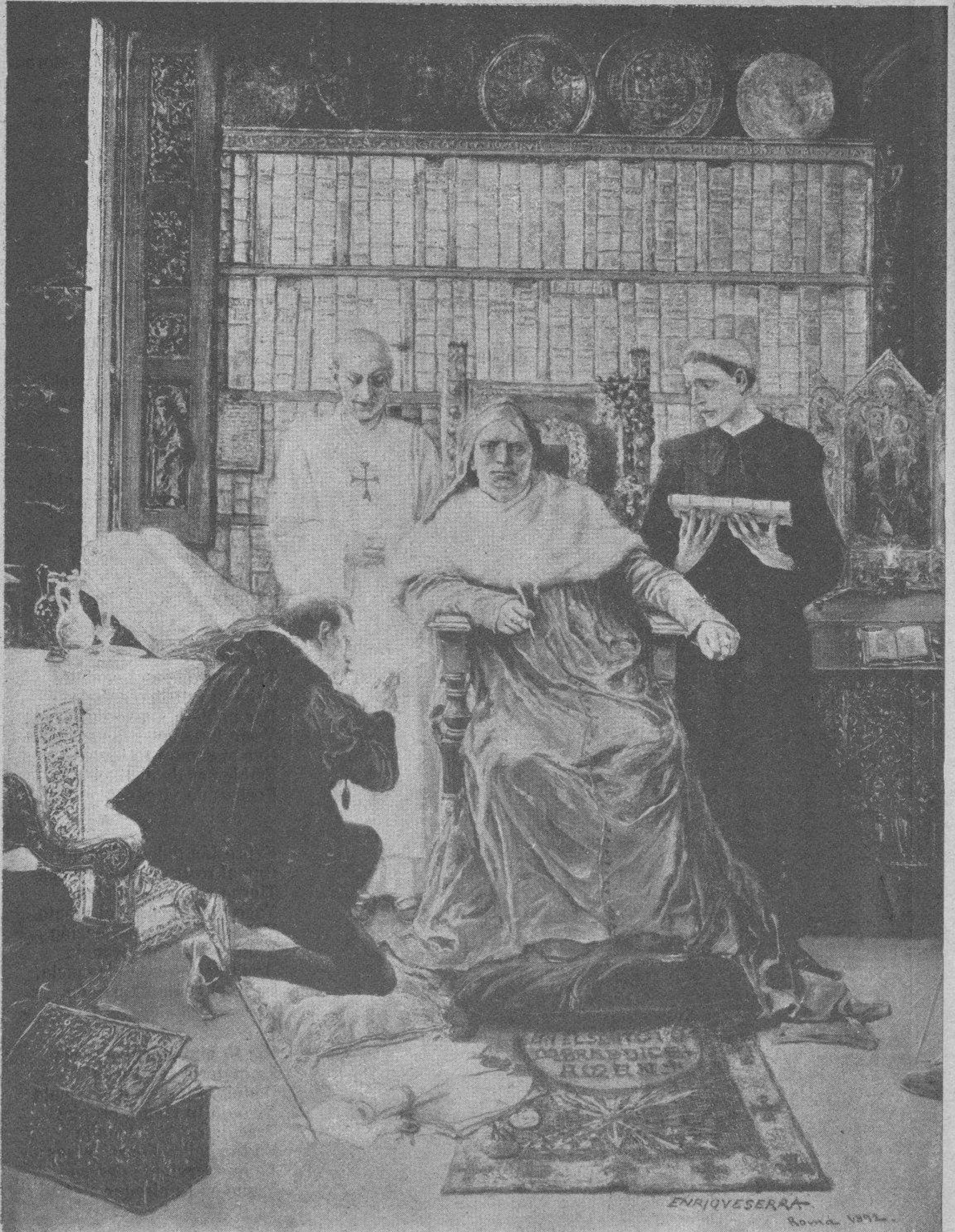
\*\*\*

No: tu pincel jamás copia  
La materia servilmente  
Doquiera imprime moviente  
Algo de tu mente propia:  
Tras de reñidas batallas  
En tus bellos lienzos creas  
Lo que ferviente deseas  
Y que en tu alrededor no hallas.

\*\*\*

Trazas allí los diseños  
Que forja la fantasía  
Y ese mundo de armonía  
Que vive en nuestros ensueños,

ENRIQUE SERRA.



El gran inquisidor.

ENRIQUE SERRA.



El Heredero.

Por qué tu pintura informa  
Ese amor hacia lo bello  
Hermosísimo destello  
Que es la vida de la forma.

\*\*\*

Este afán, este deseo  
Ese fuego de la idea  
Con que animó á Galatea  
El sublime Prometeo.  
Llevado de tus quimeras  
Pinta el mundo tu pincel,  
No misero cual es el  
Sino cual tú lo quisieras.

\*\*\*

Así como la escultura  
Del fango del lodazal

Logra formar ideal  
Y purísima figura,  
Tú del ruin barro humano  
Realzas la condición  
Con tu rauda inspiración  
Que no da paz á la mano.

\*\*\*

Así sabes elevarte  
Desde la mundana escoria:  
Esta es para mí la gloria  
Que debe buscar el arte,  
Llevar al pecho la calma  
Que de sus males le orea  
Y á nuestra mente la idea  
Que eleva serena el alma.

FEDERICO RAHOLA.



## MISCELANEA

En el momento de embarcarse un individuo para ir de pesca, le dice su mujer:

—Eres muy desgraciado y tengo miedo de que te ocurra un percance.

—No temas.

—Bueno; mas, por lo que pudiera tronar, dame la cartera, el alfiler de la corbata y el reloj.

\*\*

Un padre pregunta á su hijo:

—¿Qué quieres ser cuando seas grande?

—Soldado.

—Correrás peligro de morir.

—¿Y quién podría matarme?

—El enemigo.

—Pues bien, seré enemigo, si te parece.

\*\*

Hablan dos bohemios:

—He leído en un periódico que el Banco va á hacer una nueva emisión de billetes de 500 pesetas.

—Eso es para hacer más triste la vida de los pobres... Figúrate lo difícil que es alcanzar un billete de 25 pesetas... ¡con que de 500!...

\*\*

Cumplimientos entre un ciego y un cojo:

—¿Cómo andamos?—pregunta el cojo.

—Como ves.

—Entonces... nada.

\*\*

Murió un ambicioso que siempre importunaba á los ministros con la petición de todo género de destinos, y sus amigos le pusieron en la tumba el siguiente epitafio:

*Aquí yace R. M.*

*en el único puesto que nunca solicitó.*

\*\*

En un baile:

—¿Quién es esa morena tan hermosa?

—Una viuda.

—¿No le parece á usted que una viuda no debe bailar?

—¿Y eso qué importa? ¡Con tal de que no sea la de usted ni la mía!

—He tenido esta noche un sueño horrible.

—¿Qué has soñado, Carmen?

—He soñado que me había caído al mar y que me ahogaba.

—¡Qué horror!

—Y más horroroso aún, porque llevaba puesto ese sombrero tan bonito que me compré ayer.

\*\*

Un contrasentido:

—Dime, Matilde, ¿dónde podría yo comprar unos encajes antiguos?

—En cualquier establecimiento de novedades.

\*\*

Gedeón en visita.

La condesa se queja amargamente de no tener hijos y Gedeón le dice:

—Eso tal vez es cuestión de familia. ¿Su madre de usted los tuvo?

\*\*

En la inspección de vigilancia entra un caballero sumamente agitado:

—Señor inspector ..

—Servidor de usted; cálmese usted un poco.

—Uno de mis mejores amigos acaba de robarme á mi mujer.

—Tranquilícese usted; vamos á ponernos inmediatamente en movimiento y descubriremos a los fugitivos.

—No, no es eso por lo que vengo.

—Entonces, ¿qué quiere usted?

—Quiero enterarme de lo que debo hacer para evitar que me la devuelva.

\*\*

Gedeón y Piave, que tienen la misma edad, entablan el siguiente diálogo:

—Apuesto lo que quieras á que iré á tu entierro.

—Pues perderás, porque yo iré al tuyo.

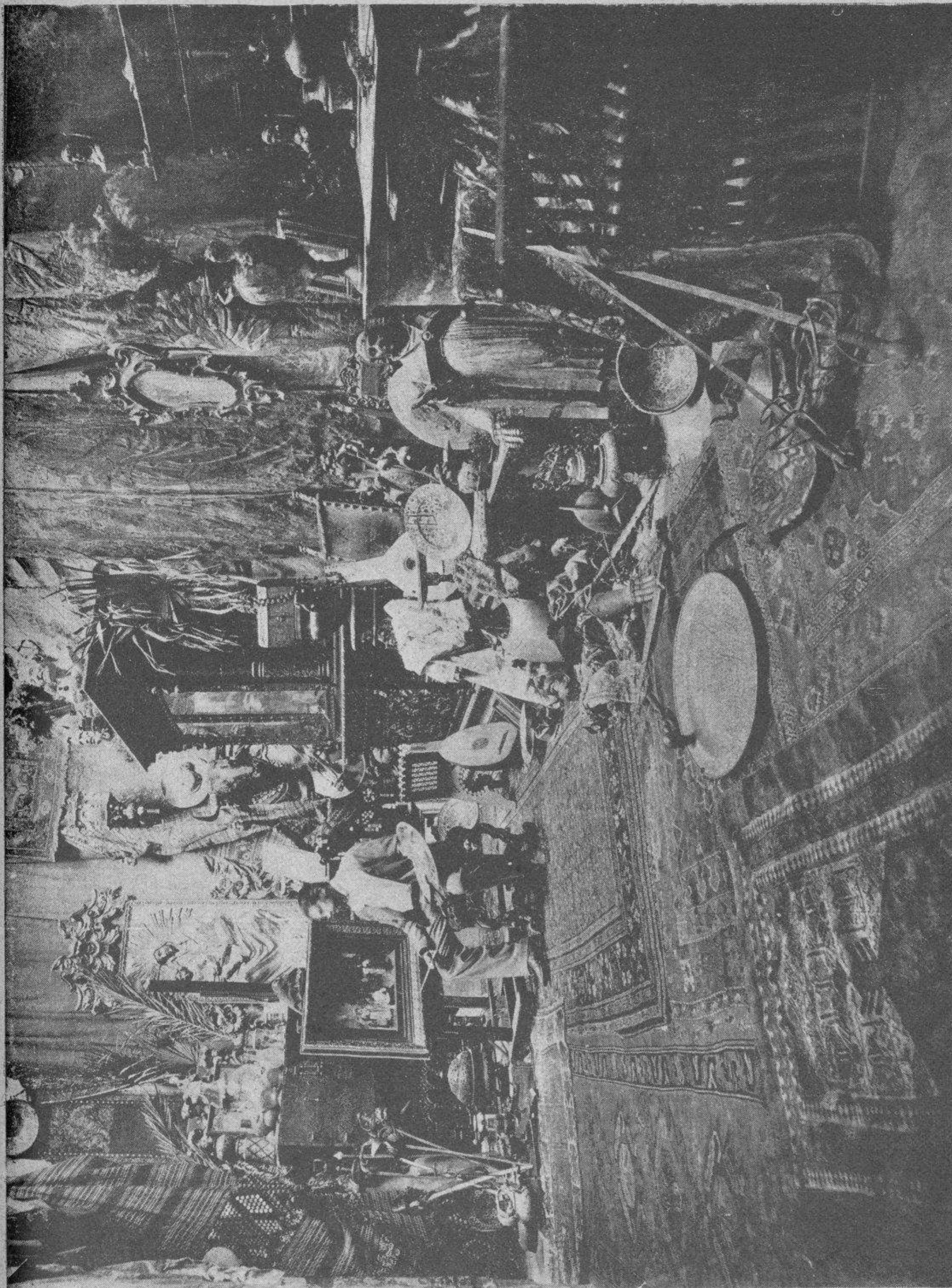
—¿Qué te apuestas?

—Un almuerzo para los dos.

\*\*

Leído en el escaparate de una tienda de flores:

*Ramilletes para matrimonios  
naturales y artificiales.*



ENRIQUE SERRA.

El taller.

Imprenta LA ILUSTRACION, á c. de Fidel Giró. Paseo de San Juan, 168 — Barce'ona.

MUESTRA DE LOS GRABADOS DE  
**LA GUERRA DE CUBA**  
 por V. Suárez Casañ.



Cuadernos de 32 páginas 15 céntimos.

De venta en todos los kioscos.

## LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO-ARTÍSTICO

Director:

V. SUÁREZ CASAÑ

TODA LA CORRESPONDENCIA

A D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, Kiosco n.º 3. Barcelona.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Semestre. . . . .	5 Ptas.
Un año. . . . .	8 ,
Extranjero y Ultramar. . . . .	15 ,

No se admiten suscripciones por menos de seis meses.  
 —Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—  
 Pago adelantado.

CORRESPONSAL EN BARCELONA

PARA LA VENTA

de

periódicos de Madrid y provincias

D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, Kiosco n.º 3.

◆ ◆ ◆ ◆ ◆ *El Liberal* ◆ ◆ ◆ ◆ ◆  
 ◆ ◆ *La Correspondencia de España* ◆ ◆  
 ◆ ◆ ◆ *El Heraldo* ◆ ◆ *El Globo* ◆ ◆ ◆  
 ◆ *El País* ◆ *El Enano* ◆ *La Granvía* ◆  
*El Pelotari* ◆ ◆ ◆ *La Bandera Federal*  
 ◆ ◆ ◆ ◆ *El Nuevo Mundo* ◆ ◆ ◆ ◆  
 ◆ ◆ ◆ ◆ ◆ *La Lidia* ◆ ◆ ◆ ◆ ◆

Corresponsal exclusivo en Madrid para la venta de LA SAETA, D. Antonio Fernández, Mayor, 2 y